

El corazón de Júpiter

Ledicia Costas



ANAYA

Título original: *O corazón de Xúpiter*

1.ª edición: febrero 2018

© Del texto: Leticia Costas, 2012
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2018
© De la ilustración de cubierta: David de las Heras, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-3599-9
Depósito legal: M-32963-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagjaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

El corazón de Júpiter

Ledicia Costas

ANAYA

Índice

Dios Luna	11
La primera glaciación	19
Casiopea	27
Mar	36
Júpiter	45
Lágrimas de mar	53
Detrás de los girasoles	60
Fotografías del cielo	70
Un Ángel	80
El destino	89
De fiesta	97
Historias antiguas	108
Silencio	119
En el seno del abismo	129
Eclipse de luna	137
Ruinas	149
Stars	157
Círculo Polar Ártico	166
Rituales	173
Oscuridades	181
Epílogo	200

Nada es igual al mundo que dejé en Zinguinchor.

Ni las casas, ni los árboles, ni la tierra, ni la luz,
ni los olores, ni la gente. Tan solo tú permaneces
idéntica; aunque pareces estar más lejos,
eres la misma Luna que me miraba
desde el cielo cuando estaba allá.

Luna de Senegal. AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

Dios Luna

Conoció a Júpiter la madrugada del 24 de junio. Ella estaba convencida de que no existía en el mundo fuerza alguna que hubiera podido impedir aquel encuentro. Eran como dos estrellas que acaban unidas porque ese es su destino. Puede que pasen milenios y milenios viajando en solitario, perdidas en el vértigo de su propia soledad. En algún momento sus órbitas cambiarán el rumbo y se irán acercando más y más hasta colisionar de manera irremediable. La explosión las convertirá en polvo estelar y quedarán reducidas a infinitas partículas de luz, con su brillo suspendido en el universo para siempre. Y todo por el simple hecho de que ese era su sino, y hay cosas contra las que no se puede luchar.

Conoció a Júpiter la madrugada del 24 de junio porque el destino así lo tenía proyectado. Y eso fue lo más terrible que le sucedió jamás.

Aquella mañana, Isla aún tenía motivos para sentirse bien. Apartó el trípode que sostenía el telescopio y abrió la ventana de su cuarto para que entrara un poco de brisa. La noche pasada había estado observando la luna hasta las tantas, como si entre ella y aquel satélite

natural existiera alguna especie de conexión mágica. Llevaba toda la vida sintiendo ese magnetismo.

Cuando solo era una niña, su abuela Sara le contaba hermosas historias sobre la luna y los planetas mientras hacía punto de cruz. Conocía leyendas que venían de muy antiguo. Ella las escuchaba con fascinación, convencida de que detrás de aquellas palabras había algo de verdad. Entre puntada y puntada fluían las palabras con la fuerza que solo tienen las cosas auténticas. De entre todos esos relatos, ella recordaba uno con especial cariño.

Contaban los ancianos de una recóndita aldea que el dios Luna y su esposa Sol habían sido un matrimonio feliz durante muchos siglos. Hasta que él se enamoró perdidamente de la estrella Venus. Por más que lo intentaba no conseguía olvidarse de Venus y, por fin, acabó entregándose a su amor. Cuando la esposa descubrió la traición, sintió un dolor y una rabia tan profundos que decidió castigar a su marido hasta el fin de los tiempos. Lo mordió con todas sus fuerzas y le arrancó un pedazo. Pero el amor de Venus hizo que el pedazo del dios Luna volviese a crecer. Sol, loca de ira, le dio un nuevo mordisco, más grande que el anterior. Pero Venus, con su amor, logró que el pedazo creciese de nuevo. Desde entonces, Sol muerde a Luna una y otra vez con la esperanza de que un día el amor de Venus decline y no consiga recomponer la carne de su amante.

Envuelta en la belleza de aquella vieja historia y en el recuerdo de su abuela, Isla cerró los ojos se despezó concentrándose en inspirar todo el aire que sus pulmones pudieran retener.

—Mmmm —ronroneó como un gato feliz—. Habrá que esperar un año más hasta otro solsticio de verano.

Tenía razones para estar contenta aquella mañana. ¡Por fin se acababan las clases! Eso significaba perder de vista a los que llevaban todo el curso haciéndole la vida imposible y habían sumido su existencia en una especie de niebla helada. Además, estaba a punto de hacer realidad aquello que había estado deseando durante semanas hasta quedarse sin aliento: esa noche por fin podría abrazar a Júpiter.

Tradicionalmente, la fiesta de San Juan se celebraba en la playa. Los alumnos de los institutos de la zona se juntaban alrededor de una hoguera improvisada sobre la arena y alimentaban el fuego con los apuntes de todas las materias del año, lanzándolos a las llamas sin ningún tipo de escrúpulo. De ese modo, fórmulas químicas, derivadas, análisis sintácticos y generaciones de escritores se iban consumiendo hasta quedar reducidos a cenizas.

A las 00:00 de aquel 24 de junio, cuando el alumno mayor del instituto encendió la hoguera, a Isla se le formó un nudo en la garganta. Miró su reloj con ansiedad. Le temblaban las piernas.

«Falta muy poco», pensó mordiéndose los labios con fuerza.

—¡Fíjate en esos dos! —exclamó Mar escandalizada, tocando a Isla en una pierna para llamar su atención—. ¿Irán a hacer lo que yo creo que van a hacer?

Mar era su mejor amiga. Y también su salvadora. Desde que se trasladó con sus padres a aquella ciudad, había sido la única que se tomó la molestia de entenderla, de detenerse a contemplar su interior.

—¡Sí! ¡Lo van a hacer! —gritó Mar tapándose la cara con las manos—. ¡Qué asco!

Dos chavales se habían bajado los pantalones y estaban orinando en la hoguera. Movían sus caderas de izquierda a derecha haciendo el tonto. Toda la gente que los rodeaba estaba gritando y batiendo palmas para animarlos.

Isla torció la boca en un gesto de desagrado, desvió la mirada y la dirigió a la luna. Hacía veinte años que no estaba tan próxima a la Tierra.

—¿Has visto qué grande está? —preguntó señalando el cielo—. ¿No te parece increíble?

—Ya sabes que la astronomía no es mi fuerte.

—No, no me refiero a eso —dijo Isla con los ojos brillantes de alegría—. ¡Voy a conocer a Júpiter justo el día en que la luna está tan cerca de la Tierra! Es como si todo encajara.

—Eres una romántica empedernida —suspiró Mar—. Estás nerviosa, ¿verdad? —abrazó a su amiga y continuó hablando sin esperar la respuesta—. Mereces que por fin te pase algo bueno.

Isla respondió con fuerza al abrazo, en un intento de prolongar aquel instante mágico. Durante el curso habían pasado cosas horribles. En los peores momentos llegó a sentir que ni siquiera Mar la comprendía. Pero la realidad era que siempre había estado allí, a su lado. Era su estrella protectora.

Se separó lentamente, cogió las manos de la amiga y la miró con intensidad.

—No sé qué haría sin ti —dijo, a un tris de que se le saltaran las lágrimas.

—Venga ya, fuera sentimentalismos —replicó Mar en tono de broma—. Por fin ha llegado tu momento.

Se alejaron de la playa dejando atrás la hoguera, que ardía con furia alimentada por la brisa marina. Cogidas del brazo caminaron hasta la carretera principal. La antigua cervecería estaba a pocos metros. Aquel era el punto de encuentro con Júpiter. El mismo viento salino que avivaba el fuego de la hoguera de San Juan llevaba hasta ellas la melodía que sonaba en la playa, y también las risas y las voces de los estudiantes.

—Repasemos el plan por última vez —dijo Mar poniendo cara de concentración—. Tú llamas a la puerta de la cervecería. Júpiter abre y tú entras. Yo espero quince minutos cerca del local a que me hagas una llamada perdida. Si pasado ese tiempo no sé nada de ti, pido ayuda y entramos a buscarte.

—No va a ser necesario nada de eso —contestó Isla en tono tranquilizador—. Yo conozco a Júpiter. No es de esa clase de tíos.

—Eso de que lo conoces es relativo —replicó Mar con cierto escepticismo.

—Hace semanas y semanas que hablo con él cada noche. Júpiter sabe más de mí que mucha gente con la que me veo todos los días.

—Como tú digas —suspiró Mar dándose por vencida—. Pero no te olvides de hacerme esa llamada perdida. ¡Mira que soy capaz de echar la puerta abajo!

La cervecería era una casita de piedra situada al final del paseo marítimo y tenía las mejores vistas al océano de toda Región. Estaba cerrada desde hacía muchos años. Desde un verano en que había sucedido una terrible desgracia: un niño encontró a la mujer que regentaba el local flotando en el mar, como una balsa sin rumbo. El cuerpo había estado navegando a la deriva durante toda la noche, entre bancos de medusas. El cadáver, hinchado y deforme, tenía los cabellos llenos de algas.

Aquel día el cartel de CERRADO apareció sobre la puerta y allí seguía como un macabro recuerdo de lo acontecido.

—Mi corazón va a mil por hora —confesó Isla cuando ya estaban a unos pocos pasos.

—Venga, vete a hacer realidad tus deseos —la animó Mar dándole un beso en la mejilla—. Y no te olvides...

—Síiiii —la interrumpió Isla—. ¡Te haré una llamada perdida en quince minutos! —gritó mientras se alejaba.

Entonces levantó la mano y la movió a modo de despedida. Seguidamente echó a correr hacia su ilusión. Su amiga se marchó caminado despacio, sin dejar de mirarla.

Tal y como había acordado con Júpiter, Isla dio tres golpes lentos con el puño sobre la madera de la puerta. Después contó hasta diez. Al acabar, dio otros tres golpes muy rápidos. Dirigió la mirada a la luna una última vez y cerró los ojos durante unos segundos para llenarse de toda la energía de aquel dios enamorado de Venus. Entonces sintió la necesidad de comprobar si Mar seguía allí, cerca de ella. Quiso volver la cabeza para dedicarle una última sonrisa antes de entrar, pero la puerta se abrió de repente y ya no le dio tiempo.

No fue fácil para Isla cambiar de ciudad y empezar de cero en un nuevo instituto. Casiopea, el nombre de la tortuga mágica de Momo, era el *nick* que utilizaba en los foros sobre astronomía en los que solía participar. Allí fue donde conoció a Júpiter, alguien que parecía saber mucho sobre las estrellas. Las largas conversaciones que ambos mantenían hasta bien entrada la madrugada encendieron una luz. Entre los dos existía una magia que traspasaba las fronteras del ciberespacio. Se citaron para conocerse una noche de San Juan de hogueras y mar embravecido. Fue entonces, después de despedirse de su amiga Mar, cuando Isla se precipitó en la oscuridad. Su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

1562532

ISBN 978-84-698-3599-9



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com